

## BELGICA, PAIS POLIETNICO Y UNITARIO

El movimiento flamenco, o más exactamente la oposición entre valones y flamencos, tiene su origen mucho antes de la creación de Bélgica en 1830, pero no ha adquirido carácter agudo hasta las últimas décadas. Seguramente antes de 1830, Verlooy lanzó ya un S. O. S. contra el afrancesamiento de Bruselas, pero hay que esperar hasta 1856 para ver un auténtico movimiento flamenco. Es extraña la coincidencia de la «Comisión de Agravios» con la disposición del segundo censo general de la población, que siguió al primero celebrado en 1846.

Poco después de la década de 1870, asistimos a la aparición de una primera serie de leyes lingüísticas: en 1873 sobre la justicia, en 1878 sobre la administración, en 1883 sobre la enseñanza. Y hasta la guerra de 1914-1918, el movimiento flamenco no cesa de desarrollarse, reivindicando entre otras cosas la *flamenquización* de la Universidad de Gante. Por otra parte, el movimiento valón está muy en mantillas. Se señalan ciertos movimientos, pero casi no tienen importancia y en todo caso, comparados con los flamencos, resultan mínimos. Parece que lo único que vale la pena citar es la famosa carta de Jules Destree, carta al Rey en la que aparece la siguiente frase histórica: «Sire, no hay belgas, hay flamencos y valones.»

Después viene el período 1914-1918 con el desarrollo del activismo en Flandes y, en grado mucho menor, la colaboración del movimiento valón con el ocupante (Gobierno de Namur). Inmediatamente después de la terminación de la primera guerra mundial, el movimiento flamenco reemprende una línea ascendente, e irá aumentando hasta el estallido de la segunda guerra mundial en 1940.

El período de entreguerras se caracteriza por una viva efervescencia en el terreno lingüístico, y hacia los años 30 se asiste a la promulgación de una segunda serie de leyes lingüísticas: en 1932, las leyes sobre el uso de

los idiomas en materia administrativa y de enseñanza, en 1935 sobre la justicia, en 1938 sobre el ejército. La agrupación nacionalista flamenca se ha hecho muy poderosa. En un determinado momento llega a contar hasta con 17 representantes en la Cámara; es, en el plano flamenco, más importante que el movimiento liberal flamenco. El partido católico de la época se escinde en dos alas opuestas: el partido católico valón y el partido católico flamenco; el partido católico flamenco llega incluso a una alianza de compromiso con el partido nacionalista flamenco, V. N. V. Por el lado católico firman este acuerdo: M. Eyskens, futuro Primer Ministro; M. Verbist, ex ministro de Salud Pública, diputado por Malinas, y M. Debruynne, senador. Es este un recuerdo que M. Eyskens intenta hacer olvidar. En aquel entonces era profesor de la Universidad de Lovaina y se mostraba muy partidario de la alianza con la extrema derecha. Luego cambió resueltamente de actitud para convertirse en el elemento católico más dispuesto a colaborar con la izquierda socialista, después de la segunda guerra mundial.

Junto al movimiento elaborado por el partido socialista cristiano, conviene señalar el interés concedido por el partido socialista belga, el P. O. B. de la época, a la cuestión lingüística. De Man publica un estudio muy notable, siempre útil, sobre el nacionalismo y el socialismo. En 1929, el compromiso de los belgas, firmado entre representantes socialistas valones y flamencos, hace algún ruido; el texto de dicho compromiso continúa vigente hoy en sus grandes líneas, pero no tuvo mañana, a no ser en 1938 con la organización de un congreso de socialistas flamencos, presidido por Balthazar, y que también careció de mañana. Los congresistas habían prometido reunirse al año siguiente; los acontecimientos preliminares de la guerra (1940) impidieron la reunión.

Al lado de la efervescencia provocada en el mundo político, conviene resaltar igualmente que el Centro de estudio para la reforma del Estado abordó el problema. Sin embargo, hay que señalar que en el informe final de los trabajos de esta Comisión de estudio, el lugar reservado a las relaciones entre valones y flamencos es relativamente poco importante con relación a otros problemas que se plantearon en ese momento, en especial los problemas del corporativismo y diferentes aspectos del problema de la reforma del Estado en general (estatuto de los funcionarios, justicia, etcétera). Este informe contiene una nota minoritaria redactada por M. Lode Claes, joven abogado, pasante de M. Borginon, que después sería concejal (*échevin*) del Gran Bruselas durante el período de guerra, para volver a su

profesión tras la liberación y convertirse en uno de los más brillantes sociólogos flamencos, fuertemente influenciado por la sociología anglo-sajona y más particularmente por la sociología americana.

La segunda guerra mundial conoció bajo la ocupación de nuestro país un movimiento de colaboración con el ocupante.

Como ha demostrado el profesor Gilissen, de la Universidad de Bruselas, esta colaboración se repartió igualmente entre Valonia y Flandes, por un lado entre los alemanes y los *rexistes*, por otra parte entre los alemanes, los V. N. V. y los otros dirigentes del movimiento flamenco como De Vlag, un ala del Dinaso, pues la otra ala de este movimiento había entrado en la resistencia, etc.

El movimiento valón nació literalmente bajo una nueva forma en la resistencia; por otra parte, los primeros movimientos de la resistencia nacieron en Lieja, bajo la forma del movimiento valón y uno de los movimientos principales de resistencia fué precisamente el movimiento de «Valonia Libre», calcado del movimiento de Francia libre, y de tendencia muy gaullista, aunque compuesto en su gran mayoría de socialistas valones.

Después de la terminación de la guerra, se hizo notar un doble fenómeno. Por una parte, el movimiento valón, que había nacido durante la guerra, experimentó un desarrollo extraordinario en los primeros días y en las primeras semanas que siguieron a la liberación, y tomó la forma de un Congreso Nacional Valón, encabezado por muchos resistentes conocidos e incluso por antiguos prisioneros de vuelta de su cautividad, tales como el ex-ministro, natural de Lieja, Joseph Merlot.

Por otra parte, el movimiento flamenco, privado de sus dirigentes (Elías, Borginon, Romsée, Van Dieren y sus consocios), no existía prácticamente a la terminación de la guerra; de esta inexistencia se aprovechó en amplia escala el partido católico, para trabajar en la recuperación de la opinión flamencas sin jefe a partir de entonces. Se ha mantenido esta recuperación hasta las elecciones de 1961, puesto que el renaciente movimiento nacionalista flamenco no había podido obtener hasta esa fecha más que un solo escaño, por la Volsunie, en la Cámara de Representantes, mientras que, recordémoslo, en la inmediata anteguerra, había llegado a alcanzar 17 escaños. Desde 1961, la Volsunie está representada por cinco diputados y dos senadores.

Desde los primeros días de la postguerra, el congreso valón se hizo oír, y la primera reunión de este congreso, que se celebró en la ardiente

ciudad de Lieja, provocó un fuerte oleaje en Bélgica, en el sentido de que los congresistas votaron una primera moción en la que se pedía la anexión de Vaonia a Francia; luego, tras esta votación sentimental, se celebró, según los dirigentes de este movimiento, otra votación razonable, que consagró el federalismo.

Pero inmediatamente después, los católicos que en la resistencia habían contribuido a la formación del movimiento valón y habían tomado parte igualmente en el primer congreso de Lieja, se separaron del Congreso valón en el momento en que éste exigió a sus componentes el reconocimiento del federalismo. Bajo la denominación «Movimiento de las provincias valonas» crearon un movimiento paralelo que, por otra parte, no tenía muchas manifestaciones exteriores. Pero esta escisión católico-valona dió origen a un acontecimiento de mayor importancia: la creación del Centro Harmel, nombre que corrientemente designa al «Centro de investigaciones para la solución nacional de los problemas sociales, políticos y jurídicos de las diversas regiones del país». Este Centro trabajó durante varios años y reunió una documentación extraordinariamente abundante sobre los diferentes aspectos de las relaciones entre valones y flamencos: 5.000 páginas de informaciones, varios centenares de páginas de informes finales, con 346 páginas el de 1958, el último.

Este informe está dividido en cuatro partes, que reflejan los trabajos y las mociones votadas por las diferentes comisiones: la comisión demográfica, la comisión económica, la comisión política y la comisión cultural.

En la hora actual, este informe ha llegado a convertirse en lo que el capital de Marx es para muchos marxistas o pretendidos marxistas, es decir la biblia y el evangelio, el libro que se cita sin haberlo leído siempre. Una de las características esenciales de este Centro que, repitémoslo, abordó la mayoría de los problemas, es el ángulo específico bajo el que los abordó. En realidad, se trata de un diálogo entre valones y flamencos, o más exactamente de un diálogo entre ciertos elementos flamencos y ciertos elementos valones. En principio, los cuatro partidos, comprendidos los comunistas, estaban representados en las diferentes secciones del Centro Harmel. Pero mientras que por parte valona eran sobre todo los representantes del movimiento valón, y más particularmente M. Fernand Schreurs, Secretario general del congreso valón, quienes tomaban parte activa en estos debates, del lado flamenco, por el contrario, había más bien hombres considerados moderados. En otros términos, se puede decir de una manera bastante for-

mal que el equilibrio entre los diferentes representantes de este Centro no estaba igualmente repartido y siguiendo en la misma línea, es difícil admitir que los diferentes partidos políticos hayan avalado los trabajos del Centro.

Otra particularidad: conviene resaltar que los bruseleses como tales fueron mantenidos cuidadosamente alejados de los trabajos del Centro Harmel y la cosa es fácilmente comprensible, si se considera que, en realidad, el problema de Bruselas constituye la piedra de toque de todos los contactos flamenco-valones que han tenido lugar en el curso de estos últimos años.

A partir de entonces, los dirigentes del movimiento valón, de Lieja en su mayoría (Schreurs, Allard, etc.), no tuvieron evidentemente dificultad ni escrúpulo alguno en sacrificar a Bruselas en el altar de su acuerdo con los flamencos.

Un detenido análisis de estos textos mostrará por otra parte esa falta de equilibrio interno, y así fué, por ejemplo, como, con ocasión del establecimiento del Gobierno Van Acker en 1954, se pudo creer un momento que las conclusiones y recomendaciones del Centro Harmel, como tales, iban a ser avaladas por el Gobierno, puesto que también seis miembros del Congreso valón (cuyo Secretario general, Schreurs, había sido una de las piezas claves del Centro) figuraban entre los ministros del Gobierno Van Acker; eran, por una parte, del lado socialista, los ministros Collard, Leburton y Troclet; por otra parte, del lado liberal, los ministros Jean Rey, Buisseret y Lefebvre, mientras que el presidente del partido liberal, M. Destenay, era igualmente miembro del Congreso valón. En realidad, estos datos fueron cuidadosamente olvidados durante los cuatro años de funcionamiento del gobierno socialista-liberal, con gran furor por parte de los militantes relativamente poco numerosos y escuchados—hay que reconocerlo—del Congreso Valón, que no cesaron de recordar a sus ministros, no las obligaciones a que se habían comprometido por su propia cuenta, sino los compromisos que M. Schreurs y compañeros habían fijado en su nombre en el seno de la Comisión Harmel, sin ser desde luego confirmados en sus mandatos como corresponde a todo mandatario que acepta un simple mandato.

En realidad, este Centro, creado por todos los partidos a iniciativa de los católicos valones (los seis cofirmantes de la propuesta de ley son todos diputados católicos), tenía la finalidad de impedir el desarrollo del movimiento federalista valón y para hacerlo debía evidentemente llegar a con-

clusiones de compromiso. Parece que estas conclusiones de compromiso fueron objeto de trabajos bastante confidenciales, es necesario decirlo, durante todo el período de gestación del Centro Harmel. Quedan evidentemente muchas cosas que decir sobre un detenido análisis de este texto y deberían hacerse numerosas observaciones referentes al aspecto aproximado de ciertos aspectos de este trabajo, muy desigual por otra parte y en el que cosas excelentes figuran junto a cosas muy mediocres.

Los acontecimientos del Borinage en 1959 tienen, con relación al problema general lingüístico que se plantea en Bélgica, claras correlaciones, y se ven separarse muy rápidamente las reivindicaciones de los mineros flamencos del Limbourg de las reivindicaciones de los mineros del Borinage y, en un futuro muy próximo, las reivindicaciones de los mineros valones se separarán de las de los flamencos, a pesar de la conciencia de clase constantemente proclamada por los socialistas.

Parece prácticamente imposible llegar a un frente común entre los representantes de un mismo sector de la economía nacional, mientras que, sin embargo, en el plano capitalista, esta unión se ha realizado, quizá porque se trata de una unión mucho más ayudada a darse cuenta que en este sentido es obra de algunos hombres, en su mayoría habitantes de Bruselas.

La cuestión lingüística ha entrado casi insidiosamente en nuestras costumbres en varias circunstancias, de manera tal que no se da uno siempre cuenta de la aplicación casi cotidiana de ciertas secuelas de la oposición flamenco-valona. Así, por ejemplo, ningún jefe de Gobierno, quienquiera que sea, podría imaginar hoy la formación de un gabinete compuesto exclusivamente de personalidades flamencas o de personalidades valonas, sea la que sea la competencia que puedan demostrar los ministros de una combinación semejante lingüísticamente homogénea. En otras palabras, antes de saber si alguien es competente para desempeñar tal función, es necesario averiguar a qué grupo lingüístico pertenece, apareciendo la cuestión de la competencia como subsidiaria en la materia.

Esta dosificación lingüística que impera en la dosificación política plantea para los dirigentes una serie de problemas que no son siempre fáciles de resolver y que, en cualquier hipótesis, no se resuelven nunca beneficiando a la competencia profesional.

En cuanto a la administración, sucede poco más o menos la misma cosa, y cuando se trata de nombrar un funcionario superior, se oyen muy a menudo reflexiones de esta índole: «Qué pena que Fulano sea del grupo

lingüístico francés (o del grupo lingüístico holandés), porque si no sería, desde luego, el hombre que necesitamos.» Esto no se reserva además únicamente a los órganos gubernamentales o administrativos, sino que esta dosificación se encuentra generalmente en los diferentes partidos políticos. Así, el partido social cristiano cuenta con dos alas: un presidente nacional y un vice-presidente del ala contraria, y dos presidentes de cada ala. Actualmente, el presidente nacional es M. Van den Boeynants, bruselés, mientras que el presidente del ala valona y vice-presidente del partido es M. Derbaix du Hainaut y su *alter ego* del ala flamenca el diputado por Malinas De Saeger, que sustituye a M. Spinoy en calidad de burgomaestre de esta villa durante la permanencia de este último en el Ministerio.

En el partido socialista, el vice-presidente pertenece a la subnacionalidad contraria a la que pertenece el presidente; así sigue al presidente Collard, el vicepresidente Van Eynde, diputado por Amberes.

En el Partido de la Liberación y del Progreso (antiguo partido liberal), está establecido el turno en la presidencia entre los valones, los flamencos y los bruseleses. En el momento actual, es el flamenco Van Audenhove quien ha sucedido en la presidencia al bruselés Motz y al valón Destenay. Este turno y esta dosificación se encuentran en todos los grandes movimientos sociales, en todas las grandes asociaciones y hace algunos años se han podido presenciar vivas polémicas de prensa, emanadas sobre todo de la prensa flamenca, referentes a la presidencia de la Cruz Roja de Bélgica, que se quería confiar al Príncipe de Ligne, considerado inadecuado en el plano nacional por los flamencos, porque desconocía la lengua flamenca. El barón Guillaume, presidente del Comité belga del año del Refugiado, fué objeto de vivas críticas por parte de la casi totalidad de la prensa flamenca, porque no conocía el holandés.

Tales oposiciones son casi inevitables en un país poliétnico y unitario a la vez, como el nuestro, y conviene tener siempre presente en la memoria este doble aspecto de las cosas cuando uno se ocupa de los problemas belgas.

M. P. HERREMANS.